

Carmen Bon Vivant

Mini E-book

# La Aprendiz de Exhibicionista

Relato 006



# ADVERTENCIA CONTENIDO ADULTO

ESTE RELATO ES UNA OBRA DE FICCIÓN ERÓTICA  
DESTINADA EXCLUSIVAMENTE A ADULTOS  
MAYORES DE 18 AÑOS.

CONTIENE TEMAS DE DOMINACIÓN, EXPLORACIÓN  
SENSUAL Y PLACER CONSENSUAL.

SI NO ERES MAYOR DE EDAD O SI ESTE TIPO DE  
CONTENIDO TE INCOMODA, POR FAVOR, NO  
CONTINÚES.

RECUERDA: EL PLACER REAL SIEMPRE DEBE SER  
SEGURO, CONSENSUADO Y EMPODERADOR.

# PARTE I

---

## EL MIEDO INICIAL

En el ajetreo de la mudanza a su nuevo apartamento en el quinto piso de un edificio antiguo en el centro de la ciudad, Elena, una mujer de veintiocho años con una vida independiente y un trabajo estresante en marketing, apenas había tenido tiempo de notar los detalles de su entorno.

Su ventana daba a un callejón estrecho, con vistas directas al edificio de enfrente, pero en medio del caos de cajas y muebles, no le prestó atención.

Era una tarde calurosa de verano cuando instaló las cortinas que venían con el apartamento: unas telas livianas y algo desgastadas que no cerraban del todo bien, atascándose en la barra oxidada. "Mañana las arreglo", pensó, exhausta, mientras desempacaba lo esencial.

Se quitó la camiseta sudada, quedando en sujetador, y siguió organizando, sintiéndose liberada en la privacidad de su nuevo hogar.

Movía cajas pesadas, inclinándose para colocar libros en estanterías bajas, sintiendo el sudor resbalar por su espalda.

Era un día normal de transición: llamadas a la compañía de internet, un sándwich rápido para cenar, y una ducha fría para refrescarse.

Pero esa noche, mientras se preparaba para dormir, notó un movimiento sutil en la ventana de enfrente.

Al principio, lo descartó como un reflejo o una sombra del viento moviendo una cortina ajena, pero al mirar con más atención, vio una silueta en la oscuridad: un hombre, inmóvil, observándola.

El corazón le dio un vuelco. "¿Quién es ese? ¿Me está mirando?", se preguntó, sintiendo un escalofrío de miedo que le erizó la piel de los brazos.

Se acercó a la cortina para cerrarla, tirando con fuerza, pero la barra crujió y se atascó a medio camino, dejando un hueco amplio por el que entraba la luz de la calle.

Frustrada, tiró una y otra vez, pero no cedió. "Maldita sea, tendré que comprar unas nuevas mañana", murmuró, apagando la luz rápidamente y metiéndose en la cama con el pulso acelerado.

Tumbada en la oscuridad, su mente corrió desbocada: "¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Vio cómo me cambiaba?

Dios, acabo de mudarme y ya tengo un acosador enfrente".

El miedo la invadió como una ola fría, imaginando escenarios peores: alguien irrumpiendo en su apartamento en la noche, siguiéndola por las calles oscuras, o peor, grabándola para compartir en internet.

Recordó historias de amigas sobre vecinos extraños, y se arrepintió de no haber revisado mejor el barrio antes de firmar el alquiler.

Decidió que al día siguiente llamaría a un cerrajero para reforzar la puerta principal, compraría cortinas opacas y quizás incluso una cámara de seguridad.

Pero debajo de ese pánico genuino, una chispa curiosa se encendió, fugaz y confusa: "¿Por qué no lo miré o encendí la luz para confrontarlo? ¿Por qué me quedé mirando un segundo de más?".

Sacudió la cabeza, atribuyéndolo al cansancio de la mudanza, y durmió inquieta, soñando con ojos invisibles que la seguían por pasillos interminables.

Al amanecer, se despertó con un sobresalto, comprobando la ventana: la silueta había desaparecido, pero el miedo seguía ahí como un mal presentimiento.

Ese día Elena salió temprano para el trabajo, pero al bajar las escaleras, vio al hombre del edificio de enfrente saliendo de su portal.

Era alto, de unos treinta y cinco años, con un aspecto ordinario: traje de oficina algo arrugado, expresión neutra, como cualquier oficinista anónimo.

Sus miradas se cruzaron brevemente en la acera, y ella sintió un nudo en el estómago que le revolvió el desayuno.

"Es él, estoy segura", pensó, acelerando el paso para evitarlo, cruzando la calle fingiendo una llamada urgente en su teléfono. "Espero que no me haya reconocido".

Todo el día en la oficina, el incidente la distrajo: durante una reunión sobre una campaña publicitaria, su mente vagaba a esa ventana, imaginando qué habría visto exactamente. "¿Me reconoció en la calle? ¿Me sigue ahora mismo?".

Sus colegas notaron su distracción, preguntándole si estaba bien, y ella sonrió forzosamente, culpando al estrés de la mudanza.

Regresó a casa con una bolsa de cortinas nuevas de una tienda cercana, decidida a solucionar el problema de una vez.

Pero al entrar en su apartamento, el calor era sofocante, y el cansancio del día — tráfico, emails interminables, una discusión con su jefe — la abrumó.

Se quitó la blusa, quedando en sujetador, y se dispuso a cambiar las cortinas. La barra vieja se resistía más de lo esperado, y en el proceso, se inclinó y estiró, sudando profusamente, sus pechos presionando contra la tela del sujetador.

Miró de reojo hacia la ventana de enfrente: allí estaba él de nuevo, en la penumbra, observándola con esa quietud inquietante.

El miedo regresó, más agudo y visceral: "Esto es serio, podría ser peligroso. ¿Y si es un psicópata que colecciona víctimas?".

Intentó cerrar la cortina rota una vez más, pero se atascó otra vez, y en lugar de improvisar con una sábana o una toalla para cubrir el hueco, se quedó allí, paralizada por un momento.

Una parte de ella quería huir, gritar o llamar a la policía, pero otra, inexplicable y perturbadora, sentía un cosquilleo extraño en la piel, como si esa atención no solicitada la hiciera sentir... visible, deseada en un nivel primitivo.

"Solo termino de desempacar y luego lo arreglo de verdad", se justificó, continuando sus movimientos con una lentitud que no era habitual, organizando ropa en el armario, doblando prendas con deliberación.

Sus pechos se movían con cada estirada, y notó cómo su pulso se aceleraba, no solo por miedo, sino por algo más: una mezcla de vulnerabilidad y un poder sutil, como si estuviera recuperando el control al no ceder inmediatamente.

Apagó la luz al final, pero esa noche, tumbada en la cama, el miedo se entretejía con una curiosidad prohibida que la mantenía despierta. "¿Qué vio exactamente? ¿Le gustó lo que vio? ¿Por qué no me molesta tanto como debería?".

Se tocó el cuello distraídamente, sintiendo el calor residual en su piel, y se durmió con una inquietud que ya no era solo terror, sino algo más complejo.

Los días siguientes, el miedo persistió como una sombra en su rutina diaria, afectando incluso las pequeñas cosas: evitaba mirar directamente al edificio de enfrente al salir, comprobaba dos veces las cerraduras de la puerta, y en el trabajo, buscaba en Google "qué hacer con un vecino acosador", leyendo artículos que solo aumentaban su paranoia.

Cambió sus horarios: salía más temprano para no cruzarse con él, y si lo veía en la acera, se desviaba por una calle lateral, fingiendo interés en una vitrina. "No quiero que sepa nada de mí, ni mi rutina, ni mi nombre", pensaba, imaginándolo como un depredador calculador.

Compró las cortinas nuevas, pero las dejó en la bolsa sobre la mesa del salón, posponiendo la instalación con excusas cada vez más endebles: "Estoy demasiado cansada después del trabajo", "Mañana lo hago sin falta".

En el fondo, una voz interna la cuestionaba: "¿Por qué no lo haces ya? ¿Qué te detiene?".

Una noche, después de un día particularmente agotador —una presentación fallida, un almuerzo solitario en su escritorio—, entró en su habitación vestida con ropa de calle: una falda ligera y una blusa ajustada.

Sabía que él estaba allí; lo había visto encender y apagar la luz en su apartamento mientras subía las escaleras.

El miedo la hacía temblar ligeramente: "¿Y si es un loco obsesionado?. Pero en lugar de cerrar la cortina o cubrir la ventana, dejó que la tela rota quedara entreabierta, como si el hueco fuera una invitación accidental.

Comenzó a desvestirse lentamente, quitándose la blusa para revelar su sujetador de encaje, luego la falda, quedando en bragas que se adherían a sus caderas por el calor residual del día.

Caminó por la habitación, probándose ropa nueva del armario: un vestido ceñido que acentuaba sus curvas, girando frente al espejo para admirarse, luego una camiseta oversized que caía sugestivamente sobre sus muslos.

Cada movimiento era calculado inconscientemente; se inclinaba para recoger algo del suelo, ofreciendo vistas inadvertidas de su trasero o el escote.

El miedo aún latía en su pecho, pero ahora se mezclaba con una excitación incipiente, un hormigueo en el vientre que la hacía sentir expuesta pero extrañamente empoderada.

"Solo estoy en mi casa, haciendo lo normal, no es mi culpa si mira", se decía, pero en el fondo sabía que lo estaba invitando a mirar, que una parte de ella disfrutaba la adrenalina de ser vista.

Cuando apagó la luz, su cuerpo ardía con una tensión no resuelta; se metió en la cama y, por primera vez, su mano descendió brevemente entre sus piernas, sorprendida por la humedad que encontró allí, atribuyéndolo al estrés acumulado del día. "Esto no puede continuar", pensó, pero al día siguiente, la bolsa de cortinas nuevas seguía intacta.

## PARTE II

---

### LA TRANSFORMACIÓN EN DESEO

La obsesión de Elena crecía en paralelo al miedo, transformándose gradualmente en algo que invadía su vida cotidiana.

Durante el día, en la oficina, se sorprendía pensando en él durante pausas para café: "¿Estará en su trabajo ahora, contando las horas para volver?".

En el metro de regreso, su mente divagaba a esa ventana, y admitía para sí misma, con un rubor interno, que tenía ganas de llegar a casa no solo para descansar, sino para ver si él estaba allí, observándola. "Es ridículo, debería tenerle miedo, no curiosidad", se reprendía, pero la anticipación se convertía en un secreto culpable que la hacía sentir viva en medio de su rutina monótona.

Una noche, después de un día agotador —reuniones interminables, un flirteo inocente con un colega que no la excitaba tanto como esa mirada distante—, entró en su habitación con la cortina aún rota —había "olvidado" instalar la nueva, o eso se decía —.

Se desvistió por completo, quedando desnuda bajo la luz tenue de la lámpara, su piel pálida contrastando con las sombras. Sabía que él miraba; lo sentía en cada poro, como un tacto invisible.

El miedo inicial persistía como un eco: "¿Qué pasa si cruza la línea? ¿Si me sigue de verdad algún día?".

Pero ahora, ese temor se entrelazaba con un placer culpable que la hacía jadear suavemente.

Se sentó en la cama, sus piernas ligeramente abiertas, y una mano descendió por su vientre plano, explorando su intimidad con movimientos lentos y deliberados.

Circulaba los dedos alrededor de su clítoris, sintiendo el calor construir, luego adentrándose con un dedo, imaginando sus ojos fijos en cada detalle.

El brillo de su excitación era visible; se mordió el labio inferior, cerrando los ojos en concentración, pero abriéndolos de vez en cuando para confirmar su presencia en la oscuridad opuesta.

El clímax llegó en ondas suaves y temblorosas, arqueando su espalda ligeramente, y por primera vez, el miedo dio paso a una liberación pura: "Esto es mío, yo controlo el espectáculo, y me excita que él lo vea".

Desde entonces, la cortina nueva quedó guardada en un cajón, olvidada intencionalmente; el "problema" se convirtió en una excusa perfecta para continuar el juego, y Elena se encontraba contando las horas en el trabajo para volver y sumergirse en esa intimidad compartida.

Pronto, la rutina se intensificó, y Elena comenzó a obsesionarse un poco más con él: anotaba su horario, ajustando el suyo para "evitarlo" en la calle, pero en realidad era para observarlo desde la ventana, estudiando su andar, su expresión.

"Es solo para protegerme", se justificaba, pero admitía en momentos de honestidad que tenía ganas de verlo, de imaginar qué pensaba mientras la observaba.

Quizo ir a más...

Elena invitó a su novio una noche, sabiendo perfectamente que él estaría allí.

El miedo a lo desconocido —"¿Y si el vecino se obsesiona más y hace algo loco?"— se mezclaba con una excitación voyeurista invertida que la hacía mojarse antes siquiera de que su novio llegara.

Se besaron apasionadamente en la entrada de la habitación, y ella lo guió a la cama con urgencia, quitándole la camisa mientras miraba de reojo a la ventana para confirmar la silueta.

Su novio besaba su cuello, bajando por sus pechos, succionando un pezón hasta endurecerlo, y Elena gemía suavemente, amplificando los sonidos para su audiencia secreta.

Se arrodilló para tomar a su novio en la boca, moviéndose rítmicamente con la cabeza subiendo y bajando, consciente de cada ángulo visible desde enfrente.

Luego, cabalgó sobre él, sus caderas girando con un ritmo deliberado, pechos rebotando con cada embestida, imaginando los ojos del vecino en cada curva, cada gota de sudor.

El orgasmo fue intenso, explosivo, amplificado por el secreto compartido, y después, tumbada junto a su novio dormido, el miedo residual se disipaba por completo: "No es un psicópata; es solo... como yo, alguien que disfruta el juego".

Al día siguiente, en el trabajo, sonrió al recordar, admitiendo que anhelaba que llegara la noche para continuar.

Finalmente, una noche decisiva marcó el punto de no retorno, Elena salió de la ducha envuelta en una toalla blanca, el cuerpo aún húmedo y perfumado con su gel favorito.

Gotas de agua trazaban caminos lentos por su piel, resbalando por sus hombros, entre sus senos, y ella dejó caer la tela deliberadamente, revelando su desnudez completa: curvas suaves, pubis depilado con cuidado esa mañana, piernas tonificadas por sus caminatas diarias

El miedo inicial era ahora un eco lejano, reemplazado por un deseo ardiente que la consumía durante el día entero — en reuniones, en el almuerzo, contando minutos para volver.

Se giró hacia la ventana, encontrando sus ojos en la oscuridad, fijando su mirada penetrante en él...

Le sonrió juguetona, reconociendo el juego: "Lo sé todo, y me encanta".

Se acercó al vidrio, presionando su cuerpo contra él: pezones endurecidos rozando el frío que la hacía jadear, manos descendiendo por su vientre para tocarse abiertamente, circulando y penetrando con dedos hábiles, el placer acumulándose en ondas intensas.

Mirándolo directamente, alcanzó el clímax con un gemido audible que rompió el silencio, compartiendo el éxtasis a través del callejón.

Desde entonces, las noches fueron un baile mutuo: Elena, la observada que ahora observaba y anhelaba, había transformado su miedo en una adicción erótica que definía sus días y noches... sin barreras ni remordimientos.

-----  
*Esa noche, al apoyar mis manos contra el cristal y mirarlo a los ojos, comprendí que no era la única atrapada en este juego.*

*Al otro lado del callejón, él vivía su propia adicción.*

*Puedes descubrirla en "El Mirón de la Casa de Enfrente"*

# SOBRE LA AUTORA



Soy Carmen Bon Vivant, Dómina experimentada, terapeuta sexual, masajista tántrica y perito judicial en hipnosis.

Con mi bagaje profesional que incluye técnicas hipnóticas avanzadas empleadas en el arte de la sugestión, fusiono el poder de la dominación con métodos terapéuticos y tántricos para guiar a individuos y parejas en el despertar de su energía erótica.

Mis relatos, tejidos entre vivencias reales y anhelos profundos que brotan de mi mente, invitan a explorar límites con confianza, placer y una sutil manipulación de la mente que libera el alma y el cuerpo – ¿qué es verdad vivida y qué es un sueño susurrado? Solo yo lo sé, pero tú puedes adivinarlo, dejando que el misterio encienda tu propia fantasía.

Visita mi web [www.carmenbonvivant.com](http://www.carmenbonvivant.com) para conocerme más, reservar una sesión personalizada o descubrir más audios y relatos eróticos.